
Creemos en Jesucristo

Jesús, el mesías de Dios

Jesús declara que “está sobre él” el Espíritu Santo y proclama “un año de gracia”, un nuevo orden según la voluntad del Padre, que tiene su fundamento en el perdón de Dios a la humanidad, en el don del Espíritu de la Nueva Alianza que será capaz de llevar a cabo la libertad y la liberación que Cristo mismo anuncia a los cautivos y oprimidos.

“El Espíritu del Señor está sobre mí” (Lc 4, 18). En su bautismo Jesús había recibido el Espíritu y con la fuerza del Paráclito, se manifiesta como el Mesías prometido. El es “el ungido en el sentido de que posee la plenitud del Espíritu de Dios”, aquél que “posee esta plenitud del Espíritu en sí y al mismo tiempo para los demás, para Israel y para todas las naciones” (*Dominum et Vivificantem*, 17).

No es extraño que ante estas palabras los ojos de todos los presentes en la sinagoga de Nazaret estuvieran “fijos en él” (Lc 4,21). En esta solemne manifestación mesiánica está diseñado todo su programa: Es el anuncio y el cumplimiento del tiempo de gracia del Señor, de la salvación. Jesús ha venido “a proclamar un año de gracia del Señor”.

De hecho con su venida, con sus palabras y sus gestos, Cristo introduce en el terreno de los hombres el “hoy” de la gracia; más, sólo en la cruz y en la resurrección tendrán plena realización las palabras y promesas que hace en la sinagoga de Nazaret.

El mensaje de liberación y de reconciliación en Cristo se proyecta en el hoy de nuestra existencia, como una luz que nos permite hacer un profundo análisis de la realidad de nuestro mundo, en el que el pecado y sus secuelas de opresión e injusticia se hacen presentes. Es un mensaje portador de fuerza sobrenatural que va abriendo los caminos de la liberación anhelada por los hombres, especialmente por los pobres, cautivos oprimidos, y ya realizada inicialmente en Cristo. Sólo la verdad libera. Sólo el amor reconcilia. Sólo en Cristo se realiza la paz auténtica y duradera.

“El Espíritu del Señor está sobre mí” (Lc 4,18). La plenitud de los dones, fruto del sacrificio de Jesús, se ha derramado en los corazones de los fieles para que a los que confiesan sus pecados les sea otorgado el perdón y la gracia. Del corazón de Cristo nace la reconciliación perenne que ofrece la Iglesia en la efusión del Espíritu Santo.

Cristo nuestra reconciliación. Barranquilla. (07-07-86).

Jesús de Nazaret, el que murió y resucitó

Mantened viva la fe y la esperanza en Jesús de Nazaret, el que murió, resucitó y, “exaltado por la diestra de Dios, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido” (Act 2,33) derramándolo en nuestros corazones, para que vivamos con él y en él; para que vivamos como él, en total entrega al designio del Padre en favor de todos los hombres.

Homilía: Los jóvenes en el presente y futuro de la Iglesia. “El Campín”. Bogotá, (02-07-86).

Cristo, el hijo de Dios

La salvación que Dios mismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ofrece a la humanidad en Jesucristo Redentor es una vida nueva, que es la medida y la característica de los hijos adoptivos de Dios. Es la participación, mediante la gracia santificante, en la filiación divina de Cristo, Hijo de Dios hecho hombre por nosotros. En efecto, el Hijo de Dios, encarnándose en el Seno de la Virgen María, “se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (Gaudium et spes, 22).

Con la fuerza del espíritu, que nos ha comunicado Jesús, muerto y resucitado, después de su vuelta al Padre, desea Jesús mismo extender a todos y a cada uno el don de esta filiación divina, que es la gracia para nuestra naturaleza humana y el fundamento de la paz personal y social. De este modo participamos en la misión de la Iglesia que es “sacramento universal de salvación” (Lumen gentium, 48) y “el corazón de la humanidad” (Dominum et vivificantem, 67).

Homilía: La paz de Cristo en el contexto Colombiano. Parque Simón Bolívar, Bogotá, (02-07-86).

Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre

El conocimiento de Dios nos llega por medio de Cristo, su Verbo Eterno, Verdadero Dios y verdadero hombre. El es la luz verdadera, la Verdad y la Vida. El es para vosotros, mis queridos jóvenes, respuesta veraz y exhaustiva a los interrogantes más profundos de la existencia humana.

Homilía: Los jóvenes en el presente y futuro de la Iglesia. “El Campín”. Bogotá, (02-07-86).

Cristo da sentido a nuestra humanidad

El encuentro personal con Cristo sella profundamente nuestro ser. Cristo da sentido a nuestra humanidad y la abre a la plenitud de la vida divina de los hijos de Dios. El es la esperanza de los pueblos, porque su doctrina es la única capaz de transformar los corazones y las estructuras; la única que puede liberar a los oprimidos y desencadenar una auténtica revolución de amor a nivel planetario, siempre que se sigan sus pasos, se imite su vida, y se pongan en práctica sus palabras.

Homilía: Los jóvenes en el presente y futuro de la Iglesia. “El Campín”. Bogotá, (02-07-86).